



*Sabemos que lo que hay dentro de ti,
es parte de nuestra identidad.*



Municipio de Loja



*Loja es Arte y
Cultura*

Contenido

- 1 Editorial
- 2 Guardianes de la Patria...
- 3 Aprender a escuchar
- 4 Metáfora del corazón
- 6 Huili - Romancero de Manuel Carrión Pinzano
- 7 Mujeres que se invisibilizan: Adriana Jaramillo Palacio
- 9 Más allá de las páginas de un libro...
- 10 Un prólogo tutelar...
- 12 Las ruinas cañarí e inca de Ingapirca
- 16 El Estado ecuatoriano versus...
- 18 Aroma de café
- 19 Nuevas perspectivas
- 20 El abuelo nos comenta
- 21 El espectáculo teatral...
- 26 Luz, magia y mecánica
- 28 El capitán Kusanovic y su pata de palo
- 30 Reflexiones de un médico con COVID-19
- 33 Estelas de inocencia y el abrazo plateado
- 35 Matilde Hidalgo de Procel
- 39 Columna de la Historia Loja
- 43 El deber de la mujer
- 44 Matilde Hidalgo: “Una Mujer Total”



PORTADA: Flor de achiote -Bixa orellana-
FOTOGRAFÍA: César Compadre/Teresa Benavides - Loja

Gaceta
CULTURAL

Nº 38 • ENERO DE 2024

PUBLICACIÓN MENSUAL
DEL ARCHIVO HISTÓRICO DEL
ILUSTRE MUNICIPIO DE LOJA

Hugo F. Martínez Espinosa
DIRECTOR

Ramiro A. Martínez Espinosa
CORRECCIÓN DE TEXTOS

Telf.: 09 9320 8547
E-mail: gacetaloja@gmail.com
www.gacetacultural.ec

Mujeres que se invisibilizan: Adriana Jaramillo Palacio

katiusking@hotmail.com



KATIUSKA KING MANTILLA*

Cuando conocí la historia de mi bisabuelo, quién había sido un artista lojano cuyas obras se encuentran en algunas iglesias en el sur del país, tuve una mezcla de emociones: alegría por él, tristeza por el silencio al respecto de mi bisabuela. Había escuchado tantas historias sobre su vida, pero en ese momento solo la describían como la “buena esposa”, la compañera del gran artista.

Adriana Balvina Jaramillo Palacio fue una lojana decidida y con carácter. Durante su vida, ella dejó su impronta, como si llevase fuego por dentro. Esta es una breve reseña de una mujer que, como muchas otras, su vida quedó opacada por los méritos ajenos.

Adriana nació el 9 de agosto de 1905 y creció en la hacienda llamada “Indiucho”, ubicada entre Malacatos y Vilcabamba, tierras que fueron entregadas a su padre por sus servicios militares. A ella la registraron en la parroquia de Valladolid, en Palanda, que en ese entonces pertenecía a la provincia de Loja, cerca del cantón Espíndola. La familia estaba compuesta por seis hermanos, dos varones y cuatro mujeres; Adriana era la tercera.

Al fallecer su madre, Rosana Palacio Borrero, por una enfermedad tropical, su padre, el capitán Manuel Benigno Jaramillo Suárez, decidió que ella y sus tres hermanas debían ser internadas en un orfanato de la ciudad de Loja. Este convento - orfanato era regentado por la congregación de hermanas católicas Marianas de Jesús y se encontraba ubicado en las calles Bernardo Valdivieso y Miguel Riofrío, en el barrio de San Sebastián.

Adriana cambió el clima cálido, los espacios verdes y abiertos por un lugar frío y cerrado con nuevas costumbres y las severas reglas de las órdenes religiosas de ese tiempo. En su nuevo hogar, las otras niñas se encontraban en el orfanato por abandono y problemas económicos. Esta experiencia, sin duda, la marcó, permitiéndole comprender la fragilidad de la vida, el desamparo, el encierro y la futilidad de las cosas.

Las reglas conventuales inculcaron en ella humildad y disciplina, cualidades que se iban a combinar con un gran entusiasmo por todo lo que hará tiempo después. Siempre se mantuvo pendiente de las familias con carencias; tenía la costumbre de enviar a uno de los suyos a dejar canastas con víveres en la puerta de la casa sin dejar pista de que ella era la responsable de tales acciones.

Adriana perdió su casa y, por eso, comprendía la importancia de poseer una; de modo que hizo construir una en Loja y, luego, otra en Quito cuando decidió mudarse a esa ciudad.

En 1924, Adriana conoció en el convento a un “ángel” del que se enamoró: Rubén Garrido, un artista contratado por la congregación de las Marianitas para realizar la decoración de la iglesia del convento.

El 13 de junio de 1925 decidieron casarse sin consultar a nadie, ella tenía 19 años y desde entonces, él decidió firmar sus obras también con su primer nombre: Ángel Rubén Garrido. El matrimonio no fue aprobado por la familia de Adriana por los prejuicios sociales relacionados con el origen de su marido. Sin embargo, Adriana fue valiente y firme, impidiendo que la si-

tuación influyese en su vida. Más tarde, sin dudar, ayudó incluso a quienes la despreciaron por su decisión.

Los casados vivieron con la familia del marido en la casa de Manuela Chérrez; este lugar se conoce actualmente como la Casa de las Flores y, originalmente tenía dos frentes: uno con dirección a la calle Lourdes y el otro hacia la calle Sucre.

Luego, se trasladaron a la ciudad de Piñas en la provincia de El Oro, porque Ángel Rubén fue contratado para la decoración de una iglesia con sus obras. Al regresar a Loja, decidieron construir una casa propia en la calle Sucre y fue en ese momento cuando Adriana aprendió el oficio de la construcción.

Adriana como una mujer libre se labró su propio destino con trabajo, visión y un particular ingenio para mantenerse siempre activa y buscar nuevas oportunidades. Primero, en el comercio y luego, en la construcción. Sin estudios específicos, emprendió en la labor de hacer casas y venderlas, algo totalmente inédito para una mujer en esa época. Este sector, aún hoy, es particularmente hostil a las mujeres, sin embargo, ella, que parecía incansable, desarrolló las habilidades para salir adelante.

A medida que crecía la familia y los ingresos fluctuaban por la labor artística de su esposo, Adriana, con mucho empeño y creatividad se hizo cargo de que nada falte a sus diez hijos sin descuidar sus otras labores como la supervisión de la construcción de las casas. Los amigos decían que Adriana, además de su belleza, irradiaba alegría, tenía una personalidad cautivante y respetaba a todos por igual.

Una cualidad suya era la reciprocidad, a quién la ayudaba, le retribuía sin hacer alarde de sus acciones. Otra de sus características era la franqueza: cuando algo no le gustaba así se lo hacía saber, lo que no siempre era bien recibido, incluso hubo quién la tildó de autoritaria por decir lo que pensaba. Con el tiempo fue claro que lo que decía provenía de una sabiduría muy propia.

Ella vivió en Loja hasta 1959 cuando decidió mudarse a Quito. Al parecer,

la razón de su marcha fue la búsqueda de mejores alternativas de trabajo y educación para sus hijos, acaso para compensar que ella no tuvo la posibilidad de estudiar. Ángel Rubén los siguió después.

Adriana sabía los problemas de una ciudad pequeña que no ofrecía muchas opciones para su familia, pero vivir en la capital no fue fácil. Para ello, dividió en dos la casa que habían construido en Loja, vendió una parte, pagó las deudas y con sus ahorros compró un terreno en Quito con el fin de construir una nueva muy cerca del Seminario Mayor. Poco a poco, la fue ampliando y ahí se instalaron definitivamente.

Curiosamente, su última hermana, Rosa, con quién Adriana mantenía una relación entrañable, decidió optar por la vida religiosa con la misma congregación del convento. La tía Rosita, como la conocíamos, ayudó a construir un orfanato que todavía existe en San Rafael, cerca de Quito. Hasta hace poco aquel espacio funcionaba como una casa de acogida de niñas provenientes de hogares con violencia intrafamiliar.

“La suca”, como le decían, hubiese querido ser arquitecta. A su manera, lo fue. Ella solía repetir una frase: “por sus obras los conoceréis”. Fiel a ese lema, consiguió que la respetasen por la forma cómo enfrentaba los desafíos de la vida, además de su alegría, sensatez y talento para construir casas; algunas de las cuales se mantienen en pie hasta la actualidad.

En 1975, Adriana y Ángel Rubén celebraron junto a toda su familia cincuenta años de matrimonio. Murió cuatro años más tarde, haciendo lo que le gustaba: compartir y ocuparse de los otros.

Tal vez las nuevas generaciones se preguntan de dónde venimos, aquí se resume su vida memorable para conocimiento de propios y ajenos; su temple, energía y ganas de vivir son un legado y un ejemplo, pues Adriana fue una mujer que escapó de las convenciones sociales y fue amada y criticada por ello.

*Bisnieta de Adriana, nieta de Lola e hija de Lupe.